

## La vía chilena al socialismo de Salvador Allende y su relación con la modernidad\*

Por Javier PINEDO  
Universidad de Talca, Chile

### 1. Introducción

DEL AMPLIO PANORAMA POLÍTICO, económico y social que constituye la Unidad Popular, en este trabajo se expondrán solamente las semejanzas y divergencias que este conglomerado político mantuvo con el proyecto moderno, y fundamentalmente su autopercepción como un proyecto alternativo frente a la modernidad, la que se vislumbra positivamente, pero como una etapa de la humanidad cuyas limitaciones se deben superar. No es, por tanto, una historia de la Unidad Popular, ni de sus fundamentos, aplicaciones, aciertos y errores, sino exclusivamente de su relación con el proyecto moderno.

Definimos modernidad como el amplio discurso que desde el siglo XVI, y con mayor fuerza el XVIII y siguientes, caracterizó una percepción del mundo desde lo que se llamó "la mayoría de edad" de la humanidad, en la expresión de Kant,<sup>1</sup> la búsqueda de la emancipación del individuo, la democracia política, el desarrollo económico a través de la propiedad privada, el laicismo y el uso instrumental de la razón, tanto para resolver los problemas de la naturaleza como los de la sociedad, desde una percepción típicamente burguesa. Por cierto, este rostro de la modernidad va acompañado de procesos de expansión y dominación de ciertos países, culturas o individuos sobre otros.

Ese proyecto llegó, pero siempre de manera parcial, a América Latina, y ha estado asociado a los movimientos modernizadores, liberales y positivistas (en sentido amplio), siendo rechazado por los sectores populares, indigenistas, identitarios (en sentido amplio), que intentaban superar el proyecto moderno burgués.

### 2. La vía chilena al socialismo

EL conglomerado de partidos políticos denominado Unidad Popular, que surge en Chile para enfrentar las elecciones presidenciales de 1970,

\* Este trabajo forma parte del proyecto: "Chile a fines del siglo xx: ensayística, identidad, modernidad", financiado por FONDECYT/Chile, núm. 1990944.

<sup>1</sup> Emmanuel Kant, *Respuesta a la pregunta: ¿qué es la ilustración?* (1784), en *Filosofía de la historia*, Buenos Aires, Nova, 1958.

entorno al candidato Salvador Allende, mantuvo una posición con respecto de la modernidad que es interesante conocer para profundizar en la historia de las relaciones que hemos mantenido con ese proyecto.

Bajo el concepto “vía chilena al socialismo” se agrupa el programa que la Unidad Popular y especialmente Salvador Allende propuso como una “transición”, dentro de la democracia y la Constitución política vigente, es decir, aceptando la oposición a sus propios planteamientos, para pasar de una sociedad como era la chilena de ese momento, marcada por conflictos económicos estructurales, muy bien descritos en los trabajos de Jorge Ahumada<sup>2</sup> y Aníbal Pinto,<sup>3</sup> a una sociedad equitativa y socialmente más justa.

Allende intentó la transformación social dentro de los parámetros democráticos, evitando caer en la tentación de la salida totalitaria, del partido único, y de cualquier forma de dictadura, más allá del canon político de la época, ganándose, como se sabe, las críticas de sectores de ultraizquierda que postulaban que esas reformas sociales sólo eran posibles una vez que se hubiera alcanzado el poder, y no sólo el gobierno, como acontecía con la Unidad Popular.

Un proyecto que intenta ir hacia un modelo tipo URSS/Cuba, pero en democracia, es decir, logrando una síntesis de libertad e igualdad, y que consideraba un nuevo nacionalismo de base popular (legitimar una cultura popular, Violeta Parra, Pablo Neruda, el folclor, la artesanía etc.), pero no sólo en el ámbito cultural, sino también recuperando las contribuciones populares al desarrollo del país.

Por lo demás, lo popular en reemplazo de lo burgués (moderno) como el nuevo protagonista histórico venía de muchas partes: no sólo de las creencias de izquierda, sino también del pensamiento social cristiano, y de diversas otras sensibilidades políticas y culturales que acogían, de una u otra manera, la llamada “cuestión social”. De lo que se trataba, ahora en los años sesenta y setenta, era de capitalizar ese sentimiento en una fuerza política que lo representara, en un programa en el que al tratar de determinar qué era lo popular, muchos lo idealizaron, asociándolo con un “hombre nuevo” y con la fuerza que salvaría a la patria.

Las fuerzas de izquierda (pero no sólo de izquierda) consideraban agotado el proyecto burgués, según los diagnósticos políticos, sociales y culturales, lo que queda muy claro en las lecturas, por ejemplo, de la generación literaria llamada del Cincuenta. José Donoso, en su novela *Este domingo* (1966), nos ofrece una imagen muy interesante del modo

---

<sup>2</sup> Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958; *La crisis integral de Chile*, Santiago, Universitaria, 1966.

<sup>3</sup> Aníbal Pinto, *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Universitaria, 1958.

como era visto lo popular. La obra gira en torno a Chepa, la abuela del protagonista, una aristocrática señora que siente una debilidad cristiana, solidaria, compasiva y casi erótica por esos seres pobres, marginados y semidestruidos. Curiosamente no hay rechazo, sino por el contrario, atracción, entre ambos mundos. Pero atracción sin respuesta: el representante del mundo popular, un personaje denominado el Maya, no es capaz de usar el capital que le otorga Chepa y no logra insertarse en la vida normal, su autodestrucción es más fuerte, y parece no querer surgir. Sin embargo, es en ese mundo donde se encuentra la vitalidad, la piel, la vida.

Frente a esta extendida imagen había que levantar la otra, la del pobre esforzado, que todo lo puede, el lugar de la identidad eterna y permanente del país. En el fondo, todavía, imágenes de lo popular sin lo popular. Más tarde, cuando éste levante su voz, más allá de las imágenes, muy pocos decidirán permanecer a su lado, asustados al ver por primera vez su rostro verdadero.

La sociedad chilena que observa la Unidad Popular está marcada por fuertes diferencias sociales, que se manifiestan en una mala distribución de la tierra<sup>4</sup> y la propiedad en general, bajo acceso al consumo de amplios sectores sociales, ciclos inflacionarios permanentes, endeudamiento externo, alta cesantía. En el plano cultural, en el de las relaciones internacionales, en el educacional etc., se mantienen las mismas inequidades.

A lo más se podría lograr un leve desarrollo de la burguesía, a su vez pobre en comparación con las mundiales (una "lumpenburguesía") y alcanzar un cierto desarrollo en el subdesarrollo, según el análisis de Andre Gunder Frank.<sup>5</sup>

Había una creencia profunda de que en el capitalismo (competencia empresarial, apertura a los mercados internacionales, calidad de los productos etc.) la empresa chilena no tenía nada que hacer, por tanto buscar en ese camino el desarrollo era hacerlo en un callejón sin salida.

En este contexto, América Latina y Chile descubrían su estrecha relación política y económica, y aun con los países del resto del Tercer Mundo, en una nueva y profunda identidad. De lo que se trataba, aho-

<sup>4</sup> 98% de la propiedad agrícola estaba en manos de 2% de la población, lo que hacía que grandes extensiones permanecieran inactivas y que la producción fuera muy baja. En estas condiciones, y sobre todo en un país eminentemente agrícola, los grupos campesinos no tenían posibilidad de sueldos estables y por tanto no tenían acceso al consumo, con lo cual se reforzaba otro de los aspectos clave del círculo vicioso que afectaba la economía chilena: al no tener acceso al consumo de una parte importante de la población, se cerraban las fábricas, aumentando la cesantía y más tarde la inflación.

<sup>5</sup> Andre Gunder Frank, *Chile: el desarrollo del subdesarrollo*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1967.

ra, con la Unidad Popular, era de usar la fuerza de los débiles y tener una voz en el mundo. Pero Chile no podía hacerlo solo. Había que insertar a América Latina, lo que implicaba levantar cierta imagen del Continente: no como la tierra de las oportunidades del antiguo sueño del paraíso burgués del siglo XIX, sino la América de los pobres, de las masas analfabetas, de los indígenas marginados, que por fin lograban alcanzar el futuro y la construcción de una historia propia. O sea, ahora se podría alcanzar el sueño tan largamente esperado: salir de la pobreza y alcanzar el desarrollo.

Así, la Unidad Popular resulta un fenómeno complejo: ofrece un programa racional y posible, se hace elegir en elecciones libres, pero en su interior también hay activistas exagerados, y parte del proyecto se escapa de las manos. Además de fuertes contradicciones internas.<sup>6</sup>

Todo parece indicar que Salvador Allende estaba profundamente convencido, y con gran optimismo, que en Chile sí era posible esta “transición” hacia una nueva sociedad, de manera real y no como un proyecto utópico, debido a la madurez del movimiento popular chileno, así como de sus Fuerzas Armadas marcadas por la doctrina constitucionalista del general Schneider. Es decir, era posible construir una nueva sociedad, una nueva etapa histórica.

Nuestra lectura de algunos de los discursos de Salvador Allende, así como de ciertas ideas y aun “sensibilidad” de la época que se expresa en algunos ensayos y otras expresiones culturales, es que la Unidad Popular mantiene una posición doble respecto a la modernidad.

### 3. *La segunda independencia*

**POR** una parte, la vía chilena al socialismo recoge en abundancia ciertos elementos constitutivos del proyecto moderno, particularmente los relativos a la emancipación política, así como a ciertos grandes fenómenos sociales como la revolución francesa, la rusa, la cubana, pero manteniendo siempre los principios democráticos.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> No me refiero sólo a tendencias políticas diferentes que producen inevitables tensiones, relativas a cómo encarar el proceso político, sino a cuestiones más de fondo, que apuntan a visiones de la sociedad, la cultura, el individuo, la familia. Mientras un sector, por ejemplo, cree que la nueva sociedad en construcción prescindirá de la familia tradicional, vista más bien como un lugar de ahogo, un autor muy comprometido con el proceso, como Ariel Dorfman, exige familias bien constituidas, y en uno de sus primeros libros, *Para leer al Pato Donald*, Valparaíso, Ediciones Universitarias, 1971, alega contra la falta de padre de ese personaje.

<sup>7</sup> Allende resistió los caminos antimodernos, que tuvo a la mano, como la entrega de armas y la militarización del pueblo, lo que habría significado un retroceso respecto a la opción democrática, civilista, de la modernidad, en el cual se basaba su proyecto político.

La Unidad Popular, por ejemplo, tiene una concepción de la historia como el registro de los avances en el desarrollo político y cultural, con un sentido lineal en el que a mayor transcurso de tiempo corresponde una mayor felicidad y una mayor resolución de las dificultades que enfrenta la humanidad. De la modernidad se reconoce, además, el haber superado los miedos y los sometimientos a fuerzas irracionales, teológicas o de cualquier otra procedencia.

El propio Marx había recogido de pensadores modernos, como Michelet y Condillac, la creencia de un orden en el progreso de las naciones; el que veía marcado por las fuerzas de producción económica. En este sentido, Marx prefería no dividir la historia por etapas culturales, una de las cuales habría sido la modernidad, sino por etapas según el tipo de producción. Sin embargo, en los años sesenta, en el lenguaje de las ciencias sociales, así como en el propio del presidente Allende y de los partidos que lo acompañan, el concepto “modernidad”, como el de pre, o posmodernidad, no es usado. Se prefiere el uso de conceptos como “modo de producción capitalista” o “modo de producción socialista”, y por supuesto los de capitalismo, imperalismo, desarrollo y sus opuestos. A pesar de esto, sí se tiene la imagen de la modernidad como el lugar del inicio de la emancipación, en la versión europea-francesa, más que en la conservadora norteamericana. O bien, en el sentido que da Marx a la modernidad, el de la “burguesía moderna”, opuesta al feudalismo.

El concepto moderno se usaba en la década de los sesenta siguiendo la corriente sociológica funcionalista, y especialmente la de Talcott Parsons, quien hablaba de sociedades modernas y sociedades tradicionales. En este sentido, el propio Allende debió de haber pensado que Chile correspondía más (y a pesar de sus conflictos) a una sociedad moderna<sup>8</sup> (aunque no desarrollada, según la traducción que realizó Gino Germani en América Latina) que tradicional. Por tanto el paso era desde la modernidad dependiente hacia una nueva modernidad liberadora. Ésta es la tesis fundamental, y en ella se acopla la discusión sobre si Chile habíatenido una historia feudal o capitalista.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> La Unidad Popular, y en general los movimientos sociales de la época, no captaron el “élan” revolucionario que había significado el capitalismo en sus comienzos respecto de la sociedad tradicional, y que tanto destacó Marx en su Manifiesto del año 1848: “La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario. Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas”, Carlos Marx, *Manifiesto del partido comunista y otros escritos políticos*, México, Grijalbo, 1970, p. 25.

<sup>9</sup> Ernesto Laclau, “Feudalismo y capitalismo en América latina”, en *Sociedad y Desarrollo* (Santiago, Universidad de Chile), marzo de 1972.

En ocasiones Allende usa la palabra *modernidad*: dice, por ejemplo, que el régimen socialista es el “único que se ofrece a las naciones modernas para reconstruir racionalmente en libertad, autonomía y dignidad”. “Naciones modernas” significan aquí las desarrolladas, pero también algunas en vías de desarrollo, que aunque todavía marginales, poseen cierta evolución política y social. Es decir, que han tenido algo de modernidad, algo de burguesía, empresa privada, democracia etc. Es decir, también países como Chile, que si no son modernos, no están en el rango de los tradicionales. Una nación moderna es aquella que se reconstruye a través de la razón y la libertad, pilares, como sabemos, del pensamiento iluminista.

En una primera conclusión, podemos afirmar que la Unidad Popular tiene muchos vínculos con la modernidad.<sup>10</sup> Sus líderes han leído a Maquiavelo, pero también a Hobbes, a John Locke y Adam Smith. Conocen las ideas ilustradas y se valora el papel de la ciencia y la razón en la historia. Se sabe del sentido teleológico de este proyecto, y piensan, siguiendo esa misma lógica, que el socialismo es la continuidad natural del modo de producción capitalista. El socialismo es la meta, la etapa superior del desarrollo de la sociedad humana vista como una flecha ascendente hacia la resolución de las contradicciones.

#### 4. Una modernidad alternativa

**PERO** la Unidad Popular no aceptó todo el proyecto moderno, sino que prefirió, a partir de él, levantar un proyecto alternativo. Es decir, la modernidad se vislumbra positivamente, pero como una etapa de la humanidad que debe ser superada, para resolver sus limitaciones. Esta concepción alternativa estaba marcada por el marxismo.

Tal como lo ha probado Marshall Berman,<sup>11</sup> el marxismo es una parte fundamental de la modernidad, una parte que intenta celebrar y aplaudir los gigantescos logros de la burguesía moderna, pero mostrando también sus limitaciones. El intento de Marx y sus seguidores es el de delinear y abrir, dentro del proyecto moderno, un camino alternativo.<sup>12</sup> Por otro lado, el marxismo y su preocupación por la producción

<sup>10</sup> Además, la Unidad Popular recoge el pensamiento de la Independencia en muchos aspectos: la idea de una Segunda Independencia, fundamentalmente económica. Allende, además, es masón, un movimiento de origen ilustrado.

<sup>11</sup> Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

<sup>12</sup> El socialismo es uno de los “grandes relatos” de la modernidad. Pero no es moderna la actitud de considerar culturas particulares, más allá del universalismo moderno, como lo intenta Allende a través de la “vía chilena”.

material de la sociedad era un diagnóstico muy bien recibido en un país con graves problemas en ese plano.

Muchos de los testimonios que tenemos de la Unidad Popular dan cuenta de algunas de las diferencias básicas respecto a la modernidad fundamentalmente la consideración del pueblo (dueño de la calle) como reemplazo de lo burgués, como una manera de mostrar el “poder popular”, pero además como un cambio en el protagonista del país. El valor de lo colectivo por sobre lo individual, en el que participaron grandes personalidades como Neruda o Violeta Parra:

Me convencí una vez más que un hombre solo no vale nada. Y que cuando los hombres se unen, llevados por un impulso generoso, llevados por un deseo de paz y amistad, por un deseo de realizar cualquier cosa, pero de realizar algo, sólo entonces tienen el derecho de llamarse hombres.<sup>13</sup>

El mismo sentido se observa en las últimas obras de Pablo Neruda, en las que la colectivización de los individuos corresponde a una superación de las angustias y temores de sus primeros libros.

Es decir, la Unidad Popular se presenta a sí misma como un modelo que a partir de la modernidad intenta superar e ir más allá de ese proyecto, por considerarlo mezquino y limitado, al afectar sólo a lo que en ese momento se consideran como “minorías burguesas”, que dominan a las amplias mayorías populares que no han recibido los beneficios de la modernidad.

En este sentido hay una confrontación respecto del proyecto moderno, pero no un rechazo radical, sino un intento de superación, de ir más allá de las limitaciones y de extender los (reconocidos) beneficios de la modernidad a otros sectores sociales. Pero, además, la creencia que ese proyecto se puede enriquecer y mejorar para alcanzar, en esa misma línea, una nueva etapa para la humanidad, o al menos para América Latina y Chile en particular.

Así, a partir de los pilares del proyecto moderno se inaugura un nuevo humanismo, un nuevo racionalismo, una nueva ciencia social, una nueva política. La Unidad Popular podría asimilar y superar la filosofía de la Ilustración, e ir más allá de Rousseau, de Kant, de Voltaire, de Danton y Robespierre. Pero también más allá de Lenin y de Fidel Castro.

Es decir, la ilustración, el capitalismo, la modernidad, serían superadas por una sociedad sin explotación de un hombre por otro. La

<sup>13</sup> Expresado por Violeta Parra mientras observaba un “mingaco” (trabajo comunitario en favor de una persona) en el sur de Chile. Citado en *El libro mayor de Violeta Parra*, Madrid, Michay, 1985, p. 41.

modernidad había logrado la libertad, pero no de todos los hombres, sino de un solo grupo, la burguesía, y correspondía ahora alcanzar la liberación de los demás.<sup>14</sup> En este sentido, la Unidad Popular intenta una extensión o masificación de la modernidad al resto de la ciudadanía, es decir, su asimilación y más tarde su superación.

La Unidad Popular no se presenta, entonces, sólo como una coalición de partidos políticos que puedan alcanzar el poder y resolver los graves problemas económicos, sino como un proyecto que logrará levantar una nueva modernidad. Una modernidad alternativa y superior.<sup>15</sup>

Es la creencia en el triunfo de lo alternativo en lo político, triunfo en el que estaba comprometida, además, una parte importante de la intelectualidad de los años sesenta, y que había levantado la imagen de América Latina como el lugar, ahora sí, de la esperanza posible. Me refiero a las obras de Pablo Neruda, Julio Cortázar, García Márquez, Alejo Carpentier<sup>16</sup> y muchos otros que planteaban que el lugar de la realización de un "kibut del deseo", en términos de Cortázar, permitiría expresar el gran optimismo en el pueblo latinoamericano, de modo contrario a lo expuesto por el ensayo conservador de la época,<sup>17</sup> que plantea la imagen de países no maduros ni evolucionados, en los que resultaba un infierno vivir.

Así, el ciclo se completa: la Unidad Popular asume una parte del proyecto moderno, con un afán de latinoamericanizarlo, para que surja uno nuevo, adaptado a nuestras circunstancias.

## 5. Conclusiones

**MODERNIZAR**, en este caso, es fundamentalmente democratizar y alcanzar el desarrollo económico, es decir alcanzar dos de los principios básicos de la modernidad, lo que implicaba hacer participar al pueblo en todas las decisiones.

<sup>14</sup> Para mayores antecedentes sobre los conceptos de libertad y liberación, véase Hanna Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988.

<sup>15</sup> Se observa aquí la influencia de un pensador muy leído en la época, Herbert Marcuse, para quien la sociedad humana ya había conocido suficiente dolor y le correspondía ahora pasar definitivamente a una nueva etapa basada en el amor creativo. Véase Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, México, Joaquín Mortiz, 1965.

<sup>16</sup> Carpentier y su visión de América Latina como el lugar de lo "real maravilloso americano" corresponde a la máxima expresión de una positiva identidad latinoamericana como síntesis de la cultura del Mediterráneo, más los aportes de las etnias nativas y el mundo africano y asiático.

<sup>17</sup> Benjamín Subercaseaux, Raúl Silva Castro. Véase mi artículo, "La ensayística y el problema de la identidad. 1960-1988", en José Luis Gómez-Martínez, Javier Pinedo *Chile 1969-1988*, University of Georgia, 1988.



El camino de la modernidad se encontraba con la idea de la constitución de la sociedad socialista. Sin el salto al socialismo no había posibilidad de una verdadera sociedad moderna. Por eso, parte importante del programa de gobierno se centra en lo económico, como un modo de alcanzar un proyecto práctico, concreto y no retórico.

Salvador Allende, en el “Discurso de la Victoria”, pronunciado desde los balcones de la FECH, dice que se ha triunfado,

para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profunda reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar en fin el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo [...] Vamos a trabajar más. Vamos a producir más. Pero trabajaremos más para la familia chilena, para el pueblo y para Chile, con orgullo de chilenos y con la convicción de que estamos realizando una grande y maravillosa tarea histórica. Yo sé que ustedes, que hicieron posible que el pueblo sea mañana Gobierno, tendrán la responsabilidad histórica de realizar lo que Chile anhela para convertir a nuestra patria en un país señero en el progreso, en la justicia social, en los derechos de cada hombre, de cada mujer, de cada joven de nuestra tierra.

De lo que se trata es de impulsar con urgencia transformaciones económicas que permitan más tarde alcanzar los logros de la modernidad plena: democracia, emancipación etcétera.

Continuando el mensaje de producir una revolución económica, Salvador Allende, al celebrar la fiesta del trabajo, el 1° de mayo de 1971, dice: “Para que Chile rompa el retraso, la cesantía, la inflación, la miseria moral y fisiológica; para que el niño tenga futuro y el anciano tranquilidad, debemos aprovechar los excedentes que producen economías e invertirlos planificadamente en el desarrollo, económico y social de nuestro país”.

En ese mismo discurso Allende insiste que “el gran combate, la gran batalla de Chile es ahora y será siempre la producción. La producción que la entiendan, que se la graben aquí y para siempre, que se la graben aquí en el cerebro y en el corazón, repito, la batalla de ahora y de siempre es la batalla de la producción. Hay que producir más”.

Allende quiere “institucionalizar la vía política hacia el socialismo y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo, romper con los factores causantes del retardo y al mismo tiempo edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva”.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Salvador Allende, *Obras escogidas*, Madrid, Ediciones del Centro de Estudios

Un pueblo que ha resuelto sus necesidades básicas, y se ha vuelto próspero y feliz, iniciará entonces la construcción del socialismo.

De modo que la Unidad Popular intenta una extensión o masificación de la modernidad al resto de la ciudadanía, es decir, su asimilación y más tarde superación. En todos estos sentidos, y muchos otros, se puede pensar que la recuperación de una identidad (popular) iba de la mano con una nueva modernidad alternativa, que incluía, como la modernidad tradicional, el progreso, la liberación del individuo, el nacionalismo, la expansión del conocimiento, la creación de un nuevo Estado etc., pero en manos de sectores sociales tradicionalmente marginados.

Esta forma alternativa de modernidad (popular) puso en crisis a toda la realidad del país: incluido el Estado, la legislación, los roles sociales y la propia identidad nacional.

Para la Unidad Popular, el socialismo era el verdadero fin o meta de la modernidad. Allí terminaba la historia. El capitalismo fue visto como la Edad Media respecto a la época moderna. Es decir, como una etapa tradicional que resultaba fácil de superar y dejar atrás, dándose inicio a una nueva etapa histórica, política, cultural, con una nueva ciencia,<sup>19</sup> nuevas relaciones internacionales, un nuevo Estado, y sobre todo una nueva sociedad, sin divisiones de clases.

El análisis, aunque todavía provisorio, nos muestra que la Unidad Popular, aunque acogió parte del proyecto moderno, lo consideró finalmente como un proyecto ajeno y superable. Como un proyecto del ayer. O en el mejor caso, la Unidad Popular intentó un esfuerzo de síntesis de las dos principales corrientes que han marcado el pensamiento latinoamericano: la identidad y la modernidad, proponiendo lo que hoy resulta un lugar común: que somos universales, y al mismo tiempo diferentes, negando la oposición tradicional de estos conceptos. Lograda la síntesis, se superaba la modernidad y se optaba a una nueva, propiamente latinoamericana. Es decir, una modernidad con apellido: democracia popular, vía "chilena" al socialismo. Lo que muestra el fracaso de la Unidad Popular, es que la modernidad en su sentido homogenizador no está dispuesta a aceptar posturas alternativas.

La Unidad Popular, el principal conglomerado de partidos políticos de los años setenta en América Latina, se suma, así, a la larga lista de aquellos proyectos, progresistas o conservadores, católicos o laicos, militares o civiles, que han desconfiado de la modernidad. En este contexto, ¿qué otra cosa podríamos haber esperado?

Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992.

<sup>19</sup> Me parece ilustrativo, a este respecto, el prólogo al libro de Humberto Maturana y Francisco Varela, *De máquinas y seres vivos*, Santiago, Universitaria, 1971.